



El caballo en la Biblia

Por Pedrojosé Ynaraja

No sé hasta cuando me durará la capacidad de redactar semanalmente estos reportajes. Al principio, y de esto hace ya unos cuantos años, pude referirme a lugares o territorios que había tenido oportunidad de visitar. Soy de una generación que en su juventud no se propuso viajar y mucho menos al extranjero. Yo en mi madurez me he movido por algunos países de Europa occidental y por Tierra Santa y nada más.

Respecto a los reportajes en betania.es, de describir catedrales, santas rutas, caminos y tradiciones, pasé a referirme a plantas relacionadas de algún modo con la Biblia. Ahora escojo ciertos animales que pudieran interesar por sí mismos y por su aparición en el Texto Sagrado.

He visto caballos desde mi infancia. Contemplaba desde la ventana de mi casa como soldados domaban potros, en un campo militar y que por las calles el transporte urbano lo realizaba una empresa, mediante carros tirados por percherones. Ambas experiencias corresponden a mi estancia en Burgos.



DESBOCARSE

Más aun, vi un día como por una estrecha calle se desbocaba un caballo en la misma población y muchos años más tarde, esta vez en el interior de la vieja Jerusalén, muy cerca de la puerta de San Esteban, o de los Leones, observé el mismo acontecimiento. Tal proceder del equino causa en su derredor gran pánico. La mayoría de los lectores desconocerá tal fenómeno e incluso se preguntará porque lo menciono. La verdad es porque, en aquellos tiempos que pertenecí activo en el movimiento scout, una de las pruebas destinadas al progreso personal, exigía saber cómo debía comportarse uno con un caballo desbocado. Ninguno de mis compañeros sabía de qué se trataba. El fundador, Baden-Powell, militar de exitosas campañas a caballo por el continente africano, seguramente conocía el fenómeno y el peligro que implicaba. Parece también que en Jeremías 8, 6 se refiere el texto a tal problema, pero no todas las versiones lo expresan explícitamente así.



ISRAEL, LIMITACIÓN

Una de las limitaciones de Israel fue no disponer de tales animales. Durante el Éxodo no importó, ahora bien, sufrió tal carencia principalmente, en la época de los Jueces. El beduino no necesita caballos. En sus periódicos desplazamientos se sirve de su mismo ganado bovino, que complementara si es el caso con los camellos, como ya referí la semana pasada. Si es, o se torna, agricultor, para las labores de labranza, tampoco lo necesita. Ara los campos con bueyes y traslada la mies mediante animales semejantes, que la transportan en carros de ruedas de madera, reforzadas por aros de cobre. Tales animales y aperos les son suficientes para su operar, pero son lentos. Siembra, siega, trilla y bielda y en cualquiera de estas fases últimas, pueden aparecer de repente las huestes cananeas, que ellas sí poseen caballo y carros con ruedas de hierro y arrebatarles la cosecha. Fue el drama de Israel, de la época de los jueces.

A Israel no le es desconocido el caballo, pero no le es un animal propio. No será hasta los tiempos de Salomón que, como signo de poder y de esplendor y riqueza imperial, poseerá grandes caballerizas, especialmente, se nos dice, en Meguido, una colina de Israel, situada 90 km al norte de Jerusalén y

En la mentalidad judía el caballo era animal fundamentalmente guerrero y sus victorias nacionales, debían ser consecuencia de la ayuda prestada por Yahvé y nadie más, de aquí la suspicacia con que miraban a estos animales.

EN LA BIBLIA, 173 VECES

Aparece en la Biblia 173 veces, ahora bien, nunca como animal doméstico o mascota de compañía. Su protagonismo además será excepcional, de aquí que lo mencionen de pasada, en tantos libros: Josué, Jueces, Samuel, Reyes, Esdras, Judit, Ester, Macabeos, Job y los profetas etc.

La descripción en 15 ocasiones de caballos en las visiones del Apocalipsis, no deben inducirnos a imaginar estrambóticos animales concretos. El lenguaje críptico de este libro apocalíptico, de mensaje esperanzador, muy oportuno para momentos de persecución que estaban ocurriendo en el momento de la redacción, merece una atención pedagógica, de ningún modo naturalista.

La admiración que suscitará entre la juventud este animal, de aquellos y de estos tiempos, merecerá que el enamorado del Cantar de los Cantares le diga como una galantería o piropo a su amada: “Indícame, amor de mi alma dónde apacentas el rebaño, dónde lo llevas a sestear a mediodía para que no ande yo como errante tras los rebaños de tus compañeros. Si no lo sabes, ¡oh la más bella de las mujeres!, sigue las huellas de las ovejas y lleva a pacer tus cabritas junto al jacal de los pastores. A mi yegua, entre los carros de Faraón yo te comparo, amada mía. Graciosas son tus mejillas entre los zarcillos y tu cuello entre los collares. Si no lo sabes, ¡oh la más bella de las mujeres!, sigue las huellas de las ovejas y lleva a pacer tus cabritas junto al jacal de los pastores”. (Cant. 1,7 ss.) ¿a qué agraciada jovencita de hoy le gustaría tal halago?



¿CAIDA DEL CABALLO?

Observará el lector que no he hecho mención a la conversión de San Pablo, camino de Damasco. Se describe, más bien se pinta, el episodio como ocurrido, o más bien iniciado, al caer de un caballo en el que va montado. Pues bien, ni en Hch 9 1-18, ni en I Cor 8-9, se hace mención que ocurriera de tal modo. Los autores piensan además que un tal viaje largo y en compañía, lo efectuaría a pie, y que tal caída a la que se refiere el Apóstol de las gentes no supusiese ninguna traumática fractura, sino únicamente una enigmática pérdida de la visión.

Si a los artistas se puede deber tal interpretación, no nos debe extrañar que así lo hagan. A la importancia del momento, trascendental para el Apóstol y para la historia de la naciente Iglesia, le corresponde una espectacular expresión plástica, que muy bien se le acomoda a un tan esbelto animal.

Cuando me toca decidir cuál será el tema que redactaré, pienso de inmediato en las fotos que puedan acompañar al texto. Por más que en mi memoria, en este caso, se deslizaban sucesivamente, imágenes de mis viajes por Tierra Santa, no recordaba ningún episodio captado, excepto el que he hecho mención del

caballo desbocado, que observé en Jerusalén y en aquella ocasión, lo hice con película, que el tiempo ha deslucido.



SÉFORIS

Pero de inmediato pensé en los mosaicos de Séforis, ciudad donde la tradición sitúa la mansión de Joaquín y Ana, padres de Santa María, y cuna probablemente de Ella misma, el anónimo peregrino de Burdeos dice que en este lugar conservaban algún asiento que Ella utilizó en su niñez. Séforis o Diocesarea está muy una próxima a Nazaret. Estos mosaicos sí que los he fotografiado ya con técnica digital y los conservo, resultado de las diversas ocasiones que he viajado por esta interesante población.

Observará el lector una escena de lucha, caballero lanza en mano que ataca, y sorprendido verá también unos preciosos mosaicos que representan a una amazona y a un centauro, figuras estas que uno no imagina encontrar por estos lugares y procedentes de tal época, siglo III o anterior.

Para complementar el texto adjunto una imagen de un caballo percherón y algún detalle de manadas sueltas, vistas por las montañas pirenaicas. Aunque en ciertos lugares es común comer carne de caballo, este animal hoy, generalmente, lo es de recreo o competición. Poseer un caballo siempre es un lujo, excepto para quienes practiquen ciertos deportes profesionalmente.



--
pedrojosé ynaraja díaz